

En presencia de aquel espantoso personaje á quien se le presentaba como futuro esposo en el momento en que su corazón, su pensamiento y sus ojos estaban impregnados todavía del recuerdo del hermoso joven que acababa de salir de aquella habitación, Colomba no pudo contener un grito, y se quedó pálida y helada mirando á su padre con gran asombro.

—Perdona, querido amigo, la turbación de Colomba; está la pobre poco menos que en estado salvaje, pues no ha salido de aquí desde hace dos años, porque, como tú sabes, los aires que corren ahora no son muy buenos para las muchachas honestas; además, he de confesar que he tenido la imprevisión de no enterarla de nuestros propósitos, cosa que por otra parte era inútil, puesto que, habiéndolo decidido, para nada me hacía falta su consentimiento; por último, ignora quién eres, y que con tu nombre, tus grandes riquezas y la protección de la duquesa de Etampes estás en condiciones de llegar á todo; pero en cuanto reflexione, comprenderá la honra que nos haces consintiendo en unir tu rancio abolengo con nuestra joven nobleza; sabrá que somos amigos desde hace cuarenta años...

—Basta, querido amigo, basta, por Dios—interrumpió el conde; y luego, dirigiéndose á Colomba con una familiaridad insolente que contrastaba con la timidez del pobre Ascanio, dijo:—Vamos, vamos, reponéos, hija mía, y que vuelvan á adornar vuestras mejillas esos lindos colores que tan bien os sientan. Demasiado sé lo que es una muchacha y hasta una mujer joven, puesto que ya he sido casado dos veces. No os asustéis, pues supongo que no os daré miedo; ya comprendo que vuestro padre ha sido poco previsor al darme tan bruscamente el título de marido, que siempre conmueve á una muchacha cuando lo oye por primera vez; pero ya veréis cómo os acostumbraís y acabáis por pronunciarlo vos misma con vuestra linda boca. Pero, ¿qué es eso? ¿palidecéis todavía...? ¡Dios mío! Creo que se va á desmayar...

El conde de Orbec extendió los brazos para sostener á Colomba, pero ésta se irguió y dió un paso atrás como si le hubiere repugnado la posibilidad del contacto con aquel hombre.

—No es nada, padre mío—dijo—, no es nada, señor. Yo creía... Yo esperaba...

—¿Qué has creído? ¿Qué has esperado? ¡Vamos, dílo pronto!—exclamó el preboste mirando á su hija con sus ojuelos irritados.

—Que me permitiríais permanecer siempre á vuestro lado. Desde la muerte de mi pobre madre no tenéis más cariño que el mío, y yo pensé...

—Cállate, Colomba—respondió imperativamente el preboste—. Todavía no soy tan viejo que necesite cuidados, y en cambio tú ya tienes edad para casarte.

—¡Vamos!—dijo el conde de Orbec interviniendo de nuevo en la conversación—. Aceptadme sin tantos repulgos. Conmigo seréis todo lo feliz que puede serlo una mujer, y os aseguro que muchas os envidiarán. Soy rico y quiero que me déis lustre; iréis á la corte luciendo joyas que darán envidia, no digo á la reina, pero sí á la misma duquesa de Etampes.

Ignoramos qué ideas despertaron estas palabras en la imaginación de Colomba; ello fué que el rubor

reapareció en sus mejillas, y tuvo ánimos para contestar al conde, á pesar de la mirada de severidad con que su padre la amenazaba.

—Por lo menos solicitaré de mi padre permiso para pensar en lo que me proponéis.

—¡Cómo es eso!—dijo Estourville—ni una hora, ni un minuto; desde este momento sois prometida del conde, oídlo bien, y esta misma noche seríais su mujer si no se viese obligado á emprender un viaje inaplazable á Normandía. Ya sabéis que mis voluntades son órdenes que hay que cumplir. ¡Reflexionad!... ¡Pardiez! Dejemos á esta locuela; Orbec, desde este momento te pertenece. Ahora vamos á visitar vuestra futura casa.

El conde de Orbec quería permanecer allí un rato más, para decir algo que se le había ocurrido, pero el el preboste le cogió del brazo y salió con él refunfuñando. Tuvo que limitarse, pues, á saludar á Colomba con su malévola sonrisa, y salió con Roberto de Estourville.

Inmediatamente, y por la puerta del fondo, entró la señora Perrine, que había oído las voces del preboste y acudía sospechando que éste había regañado á su hija, como de costumbre. Llegó á tiempo para recoger á Colomba en sus brazos,

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la pobre niña tapándose los ojos con una mano como para no ver á aquel odioso conde de Orbec—. ¿Por qué había de acabar esto así? ¡Adiós, mi sueño dorado! ¡Adiós, mis melancólicas esperanzas! ¡Ya no me queda más recurso que morir!

No hay que preguntar si esta exclamación, unida á la debilidad y á la palidez de Colomba, sorprendieron á la señora Perrine y despertaron su curiosidad al mismo tiempo. Y como Colomba necesitaba expansionarse refirió á su dueña, vertiendo las más amargas lágrimas de su vida, todo lo que acababa de pasar entre ella, su padre y el conde de Orbec. La señora Perrine reconoció que el prometido no era joven ni guapo; pero como, en su opinión, la peor desgracia que podía ocurrirle á una mujer era quedarse soltera, aseguró á Colomba que valía más aceptar un marido feo y viejo, si era rico y poderoso, que quedarse sin ninguno. Esta teoría repugnaba á Colomba, que se retiró á su habitación, dejando sola á la señora Perrine, que empezó á hacer castillos en el aire suponiendo que, gracias al proyectado matrimonio, de dueña de la señorita Colomba, que era, iba á convertirse en dama de compañía de la condesa de Orbec.

Entre tanto el preboste y el conde visitaban el palacio de Nesle como una hora antes lo habían visitado la señora Perrine y Ascanio.

Si fuera cierto que las paredes oyen, y existiera la posibilidad de que viesen y hablasen, sería curioso oír las contar á los que entran en una habitación lo que han visto y oído de los que salen. Pero como aquellas paredes se callaban, y miraban al preboste y al tesorero, tal vez riéndose, fué el conde de Orbec quien habló.

—Verdaderamente—dijo—, tu hija es muy bonita; es una mujer como yo la quería: prudente, ignorante y bien educada. En cuanto pase la primera nube, tendremos buen tiempo fijo. La experiencia me ha enseñado que todas las muchachas sueñan con

un marido joven, guapo, ingenioso y rico. Pues bien, yo tengo por lo menos la mitad de estas cualidades; pocos hombres pueden decir otro tanto. Además—añadió, pasando á hablar de su propiedad futura con el mismo acento desagradable y codicioso que había empleado para hablar de su futura mujer—, es lo mismo que este palacio de Nesle, que es una mansión magnífica en la cual estaremos muy á gusto mi mujer, yo y mis oficinas. Aquí tendremos nuestras habitaciones particulares, allá los despachos de la tesorería, en aquel lado las dependencias para la servidumbre. Con algún dinero que podremos obtener de su majestad, sacaremos de todo esto mucho partido. A propósito, Estourville, ¿estás seguro de conservar esta finca? Deberías arreglar definitivamente los títulos de propiedad, pues, si no estoy equivocado, el rey no te dió este palacio.

—No me lo ha dado, es cierto; pero me ha dejado que lo tome, que viene á ser lo mismo.

—¿Y si alguno te hiciese la jugada de pedir en regla la cesión de Nesle?

—Estoy seguro de que no le harían caso; y como cuento con el apoyo de la duquesa de Etampes y con el tuyo, pronto conseguiría que quien fuese renunciara á esas pretensiones. Estoy tranquilo; el palacio de Nesle me pertenece tanto como mi hija Colomba te pertenece á ti. Vete, pues, y vuelve pronto.

Cuando el preboste decía estas palabras, de cuya veracidad ni él ni su interlocutor tenían motivos para dudar, se presentó, acompañado por el jardinero Raimbault, en el umbral de la puerta que daba al patio cuadrangular, un tercer personaje.

Era el vizconde de Marmagne.

También éste había sido pretendiente de Colomba, pero pretendiente desgraciado; era un belitre rubio, sonrosado, presuntuoso, insolente y charlatán que á menudo servía de tapadera á algunas mujeres para disimular sus culpables amores, y estaba muy euvanecido con su cargo de secretario del rey, que le permitía acercarse á su majestad del mismo modo que se le acercaban sus lebreles, sus papagayos y sus monos. El preboste no se había dejado engañar por el favor aparente y la familiaridad superficial de que gozaba Marmagne cerca de su majestad, y que sólo eran debidos á su manera de cumplir su cometido. Además, el vizconde de Marmagne había derrochado todo su patrimonio y no disfrutaba otro capital que el constituido por las liberalidades de Francisco I. Roberto de Estourville no era tan imprevisor que se fiase, en asuntos de dinero, de los caprichos de un rey tan caprichoso, y había rechazado la petición del vizconde, manifestándole confidencialmente que había sido prometida la mano de su hija desde mucho tiempo antes á otra persona. Gracias á esta disculpa tan razonable, el vizconde y el preboste continuaron siendo, aparentemente al menos, los mejores amigos del mundo, si bien en realidad el vizconde detestaba al preboste, y el preboste desconfiaba del vizconde, el cual, á pesar de su apariencia afable y sonriente, no había podido ocultar su rencor á un hombre tan acostumbrado á leer en el rostro de los demás lo que pasaba en las almas respectivas. Cada vez que Estourville veía á

Marmagne temía que le llevara alguna mala noticia, y Marmagne le daba las malas noticias con fingida pesadumbre, pero gozándose en destilar su veneno gota á gota sobre la llaga que abría.

En cuanto al conde de Orbec, el vizconde había roto abiertamente ó poco menos sus relaciones amistosas con él; era aquélla una de esas raras enemidades que se advierten á simple vista. Orbec despreciaba á Marmagne porque éste carecía de fortuna, y Marmagne despreciaba á Orbec porque era viejo y había perdido por consiguiente el privilegio de agradar á las mujeres; ambos se odiaban, en suma, porque cada vez que se habían encontrado en el mismo camino, el uno había arrebatado algo al otro.

Así que apenas se vieron ambos cortesanos saludáronse con esa sonrisa fría y sardónica que sólo se ve en las antecámaras de los palacios, y que significa:

—¿Cuánto tiempo hace que nos hubiéramos matado si no fuéramos ambos dos cobardes!

Como nuestro deber de historiadores es referir la verdad estricta, hemos de consignar que ambos personajes se limitaron á aquel saludo y á aquella sonrisa, y que sin dirigir la palabra al vizconde, el conde de Orbec, acompañado por el preboste, fuese por la misma puerta por donde acababa de entrar su enemigo. Añadiremos que, á pesar del odio que los separaba, aquellos dos hombres se hubieran unido momentáneamente, en caso necesario, para perjudicar á otro.

El preboste se encontró á solas con el vizconde de Marmagne, y se acercó á él con la alegría pintada en el rostro, en tanto que su visitante le esperaba con la cara triste.

—Parecéis muy satisfecho, querido preboste—dijo Marmagne.

—Y vos parecéis muy triste.

—Ya sabéis que las contrariedades de mis amigos me disgustan tanto como las mías propias.

—Sí, sí, ya sé que tenéis buen corazón.

—Cuando os he visto tan alegre, en compañía de vuestro futuro yerno, porque para nadie es un secreto ya el matrimonio de vuestra hija con el conde de Orbec, por el cual os felicito de antemano...

—Ya sabéis que os dije hace mucho tiempo que la mano de mi hija estaba prometida.

—Es cierto, y verdaderamente no comprendo cómo consentís en separaros de una muchacha tan adorable.

—No nos separamos; mi yerno instalará sus oficinas y su domicilio en el palacio de Nesle, y yo viviré algunas temporadas en el palacete.

—¡Pobre amigo mío!—dijo Marmagne moviendo la cabeza con expresión de profundo sentimiento, y apoyando una mano en un brazo del preboste mientras se llevaba la otra á los ojos como para enjugar una lágrima que no existía.

—¿Qué es eso de pobre amigo mío? ¿Tenéis alguna nueva mala noticia que darme?

—¿No lo sabéis? ¿Acaso soy yo el primero que os lo dice?

—¿De qué se trata? ¡Vamos, hablad!

—Ya sabéis, querido preboste, que en este mundo hay que ser filósofo, y que existe un proverbio que debiéramos tener presente á todas horas.

—¿Cuál?
 —El hombre propone y Dios dispone.
 —¿Y qué he propuesto yo que Dios tenga que disponer?
 —¿No habéis destinado el palacio de Nesle á vuestro yerno y á vuestra hija?
 —Cierto, y antes de tres meses espero que estén instalados.
 —Desengañaos, querido preboste, desengañaos: A estas horas no es vuestro el palacio de Nesle. Perdonadme que os proporcione este sentimiento, pero he creído, teniendo en cuenta la viveza de vuestro carácter, que era mejor que supierais la noticia de labios de un amigo que procurará decíroslo con todos los miramientos posibles, que saberla por conducto de algún mal intencionado que tal vez os la espetara bruscamente. ¡No, amigo mío, el palacio de Nesle ya no es vuestro!
 —¿Quién lo ha ordenado?
 —Su majestad.
 —¿Su majestad!
 —En persona. Ya veis que no hay remedio.
 —¿Y cuándo ha sido eso?
 —Esta mañana. Si no hubiese estado ocupado hasta ahora, hubiera venido antes á prevenirlos.
 —De seguro os han engañado. Será algún rumor sin fundamento que habrán echado á volar mis enemigos, y del cual os hacéis eco prematuramente.
 —Mucho me alegraría que así fuese; pero, por desgracia, no me lo ha dicho nadie, sino que lo he oído yo.
 —¿Qué es lo que habéis oído?
 —He oído al rey que regalaba el palacio de Nesle á otro.
 —¿Y quién es ese otro?
 —Un aventurero italiano, un orfebre á quien tal vez conozcáis de nombre, un intrigante que se llama Benvenuto Cellini, que llegó de Florencia hace dos meses, y con el cual está el rey tan entusiasmado, que no sé por qué motivo ha ido á verle esta mañana, acompañado de toda la corte, al palacio del cardenal Ferrara, donde ese supuesto artista ha establecido su taller.
 —¿Y estabais vos presente cuando le dijo el rey que le regalaba el palacio de Nesle?
 —Sí, estaba—dijo Marmagne acentuando sus palabras con visible satisfacción.
 —Bien; que venga á tomar posesión del regalo, que aquí le espero.
 —¿Cómo! ¿Os proponéis resistir?
 —¡Naturalmente!
 —¿Vais á desobedecer una orden del rey?
 —Aunque fuera de Dios ó del diablo. Desobedece-
 ré todas las órdenes encaminadas á hacerme salir de aquí.
 —Tened cuidado, preboste; os exponéis no sólo á la cólera del rey, sino á la de Benvenuto, que es mucho más temible de lo que podáis figuraros.
 —¿Sabéis quién soy yo?
 —Por de pronto él cuenta con la protección de su majestad.
 —Pues yo, preboste de París, represento á su majestad en el Chatelet, donde me siento bajo un dosel, con traje y manto de corte, la espada al cos-

tado, sombrero adornado de plumas en la cabeza, y con un bastón de mando, de terciopelo azul, en la mano.

—Además debo participaros que ese maldito italiano no ha tenido nunca inconveniente en aceptar la lucha, de potencia á potencia, con príncipes, cardenales y papas.

—¿Sabéis que tengo un sello particular que da fe de la autenticidad de las actas?

—Aseguran que ese condenado espadachín hiere y mata sin el menor escrúpulo á cuantos se oponen á sus deseos.

—¿Ignoráis que tengo una guardia de veinticuatro hombres armados, á mis órdenes, día y noche?

—Cuentan que fué á atacar á otro orfebre á quien odiaba y que estaba protegido por sesenta hombres.

—Tened presente que el palacio de Nesle está fortificado, que tiene almenas en sus murallas y matancas sobre sus puertas, sin contar el fuerte de la ciudad, que le hace inexpugnable por un lado.

—Se asegura que es tan inteligente para dirigir un sitio como Bayardo ó como Antonio de Leyra.

—Allá veremos.

—Tengo miedo por vos.

—Pues yo confío.

—¿Queréis que os dé un consejo?

—Venga, con tal de que sea corto.

—No tratéis de luchar con quien es más fuerte que vos.

—¿Más fuerte que yo un miserable obrero italiano? ¡No digáis eso!

—Bajo palabra de honor os aseguro que tendréis que arrepentiros.

—Me estáis exasperando.

—Pensad que ese hombre tiene al rey de su parte.

—Pues yo tengo á la duquesa de Etampes.

—Su majestad tomará muy á mal que no se cumpla su voluntad.

—Ya he dejado de cumplirla otra vez, y no me ha pasado nada.

—Lo sé; en el asunto del peaje del puente de Mantes. Pero...

—¿Pero qué?

—Se arriesga muy poco desobedeciendo á un rey que es débil y bueno; pero se arriesga mucho cuando se lucha con un hombre tan fuerte y tan terrible como Benvenuto Cellini.

—¿Queréis volverme loco?

—Al contrario; quiero haceros prudente.

—¡Basta, vizconde! Os juro que va costarle caro á ese miserable el mal rato que acabáis de hacerme pasar.

—¿Quiéralo Dios!—exclamó el vizconde.

—Bueno, bueno. ¿No tenéis más que decirme?

—No, creo que no—respondió Marmagne como si tratara de recordar alguna noticia semejante á la anterior.

—Entonces, adiós.

—¡Adiós, pobre amigo mío!

—¡Adiós!

—Por lo menos os he advertido.

—¡Adiós!

—No tengo nada que reprocharme y eso me consuela.

—¡Adiós!
 —Buena suerte. Os la deseo con sinceridad, aunque dudo que la tengáis.
 —¡Adiós, adiós, adiós!
 —¡Adiós!

El vizconde de Marmagne, con el pecho preñado de suspiros y con evidentes señales de pesadumbre en el rostro, marchóse después de estrechar la mano del preboste, levantando los brazos al cielo.

El preboste salió tras él hasta la puerta de la calle, que cerró cuidadosamente.

Fácil es comprender cuánto irritaría la sangre y removería la bilis de Roberto de Estourville la precedente conversación, y los deseos que sentiría de desahogar su mal humor con alguien.

De pronto se acordó de aquel joven á quien había



Benvenuto Cellini.

visto salir del palacio de Nesle cuando él entraba con el conde de Orbec. Llamó al jardinero desde una ventana, con un gesto imperativo de esos que no admiten réplica. El jardinero acudió en el acto, y el preboste le ordenó que dijera todo lo que supiese respecto á aquel joven.

Raimbault respondió que aquél por quien le preguntaban se había presentado en nombre del rey á visitar el palacio de Nesle, y que como él no quería asumir ninguna responsabilidad, le había llevado á que hablase con la señora Perrine, que le acompañó complacientemente por todas partes.

El preboste salió con propósito de exigir explicaciones á la dueña, pero ésta había salido á la calle á comprar las provisiones para la semana.

Podía Estourville hablar á su hija; pero no admitía la posibilidad de que Colomba hubiese visto al

extranjero, después de las terminantes prohibiciones que había decretado, y no le pasó siquiera por las mientes la idea de hablar con ella.

Luego, como las obligaciones de su cargo reclamaban su presencia en el Chatelet, fuese, ordenando á Raimbault, bajo pena de expulsión inmediata, que no dejara entrar á nadie en el palacio ni en el palacete, y menos que á nadie al miserable aventurero que había conseguido introducirse en él aquel mismo día.

Por esta razón, cuando Ascanio se presentó al otro día con sus alhajas respondiendo á la invitación de la señora Perrine, Raimbault se limitó á abrir un ventanillo, y le dijo al través de la reja que estaba prohibida la entrada en el palacio á todo el mundo, y especialmente á él.

Ascanio, como puede suponerse, marchóse desesperado, pero no se le ocurrió acusar de aquel fracaso á Colomba; ésta no le había dirigido más que una mirada, no le había dicho más que una frase; pero había en la mirada tan modesto amor y en la frase tan amorosa melodía, que Ascanio conservaba el recuerdo de ella como el de un ángel á quien hubiera oído cantar. Pensó, pues, razonablemente, que como le había visto el preboste, éste era quien había dado la severa consigna.

VII

PREPARATIVOS DE ATAQUE Y DE DEFENSA

Apenas regresó al taller Ascanio y dió cuenta á Benvenuto del resultado de su excursión en la parte que se relacionaba con la topografía del palacio de Nesle, Cellini, viendo que el edificio le convenía para sus fines, se apresuró á visitar al primer secretario de Hacienda del rey, el señor de Neufville, para solicitar el acta de la regia donación. El señor de Neufville pidió de plazo hasta el día siguiente para comprobar la exactitud de las manifestaciones de Benvenuto, y aunque á éste le pareció una impertinencia que no le creyera bajo su palabra, comprendió que era razonable la pretensión y se conformó, decidido á no conceder al día siguiente ni media hora de plazo.

Se presentó al otro día en la oficina del señor de Neufville con absoluta puntualidad y le hicieron pasar en seguida, lo que le pareció de buen agüero.

—¿Y qué, señor?—dijo—. ¿Es embustero este italiano, ú os ha dicho la verdad?

—La verdad pura, amigo mío.

—Más vale así.

—Y el rey me ha ordenado que os entregue el acta. Pero...

—Pero ¿qué?

—Me permitiréis que os dé un consejo.

—¿Un consejo? ¿Qué rareza! Dádmelo, pues.

—Se reduce á indicaros la conveniencia de que para establecer vuestro taller busquéis otro sitio que no sea el palacio de Nesle.

—¿De veras?—respondió Benvenuto irónicamente—. ¿Creéis que no me conviene ese palacio?

—¡De veras! La verdad me obliga á deciros que difícilmente encontraréis otro mejor, pero...

—¿Pero qué?

—Nesle pertenece á un señor de posición demasiado elevada para que podáis luchar con él

—Pues yo pertenezco al noble rey de Francia, y no retrocederé en tanto que obre en nombre suyo.

—En nuestro país, todos los grandes señores son reyes en su casa, y si tratáis de echar al preboste de la que ocupa corréis peligro de muerte.

—De todos modos, tenemos que morir más pronto ó más tarde—contestó Benvenuto sentenciosamente.

—¿De modo que estáis decidido?

—Decidido á matar al diablo antes de que el diablo me mate, señor secretario. Que mire lo que hace el señor preboste y que lo miren también cuantos intenten oponerse á la voluntad del rey, sobre todo si es Benvenuto Cellini el encargado de hacer cumplir esta voluntad.

En este punto interrumpió el señor de Neufville sus observaciones filantrópicas y luego pretextó toda clase de formalidades para retrasar la entrega del acta; pero Benvenuto se sentó tranquilamente declarando que no se movería de allí y que hasta estaba decidido á pasar la noche en aquel sitio y á no marcharse sin llevarse el documento, pues había advertido en su casa que tal vez no volviese aquel día.

Convencido el señor de Neufville de que el orfebre haría lo que decía, se decidió, arriesgando el todo por el todo, y entregó á Benvenuto el acta de donación, no sin manifestar que lo hacía obligado, tanto por la voluntad del rey como por la insistencia del artista.

Este regresó á su casa sin decir á nadie nada de lo que acababa de pasar; guardó el importante documento en el armario donde tenía sus piedras preciosas y se puso á trabajar.

Transmitida en el acto al preboste la noticia por el secretario de Hacienda, tuvo que convencerse el señor de Estourville de que, como le había dicho el vizconde de Marmagne, Benvenuto insistía en su propósito de apoderarse de grado ó por fuerza del palacio de Nesle. El preboste se puso en guardia; llamó á los veinticuatro soldados á sus órdenes, colocó centinelas en las murallas, y no volvió á ir al Chatelet más que cuando era absolutamente indispensable.

Los días transcurrían, sin embargo, tranquilamente; Cellini, ocupado en terminar los trabajos que tenía comenzados, no intentaba el menor ataque; pero el preboste estaba persuadido de que esta tranquilidad aparente era sólo una astucia, y de que su enemigo quería ver si disminuía la vigilancia para atacarle de improviso. El señor de Estourville, prevenido constantemente, no abandonaba sus ideas belicosas y experimentaba á causa de tal situación, que no era ni la paz ni la guerra, una fiebre de impaciencia, un vértigo de ansiedad que, si el *statu quo* se prolongaba, amenazaban volverle loco como al gobernador del castillo de Saint-Angelo; ya no comía, apenas dormía y adelgazaba á ojos vistas. De cuando en cuando desenvainaba su espada y la esgrimía contra una pared, gritando:

—¡Qué venga, que venga si se atreve ese malvado! ¡Aquí le espero!

Pero Benvenuto no llegaba, y gracias á esto Roberto de Estourville tenía algunos momentos de tranquilidad, durante los cuales trataba de convencerse á sí mismo de que Benvenuto tenía la lengua más expedita que la espada, y de que nunca se atrevería á poner en ejecución sus proyectos. En uno de aquellos instantes, salió Colomba por casualidad de su habitación, y habiendo visto todos aquellos preparativos guerreros preguntó á su padre qué ocurría.

—Que tengo que castigar á un pícaro. Eso es todo—dijo el preboste.

Como el cargo de preboste tenía, entre otras, la facultad de castigar, no se le ocurrió á Colomba preguntar quién era el pícaro cuyo castigo se preparaba, pues además estaba ella demasiado preocupada para no conformarse con aquella sencilla explicación de su padre. En efecto, Roberto de Estourville había operado un terrible cambio en la vida de su hija con una sola palabra. Aquella vida tan sencilla, tan oscura, tan retirada hasta entonces; aquella vida tan tranquila, se asemejaba ahora á un lago alborotado por un huracán.

Colomba había sentido algunas veces que su alma estaba como adormecida, que su corazón parecía vacío; pero aquella tristeza suponía ella que era consecuencia de su aislamiento, y aquella vacuidad creía que era debida á haberse quedado huérfana de madre siendo aún muy niña. De pronto, el dolor lo llenó todo en su existencia: su pensamiento, su alma y su corazón. ¡Cuánto echaba de menos aquel tiempo de ignorancia y de tranquilidad, en que bastaba para su dicha la vulgar aunque vigilante compañía de la señora Perrine; aquel tiempo de esperanza y de fe, en que confiaba en lo porvenir como se confía en un amigo; en que creía en el afecto de su padre! Ahora el porvenir era el odioso amor del conde de Orbec; el afecto de su padre no era más que ambición disfrazada de ternura. ¿Por qué en vez de ser heredera de un título de nobleza y de un gran capital, no había de ser hija de alguna modesta familia que la hubiera querido y acariciado mucho? De este modo hubiese podido ver sin reparo al joven artista que la hablaba con tanta emoción, á aquel hermoso Ascanio, que parecía tan profundamente enamorado de ella.

Cuando los latidos de su corazón y el rubor de sus mejillas advertían á Colomba que llevaba mucho tiempo pensando en el joven extranjero, se imponía ella el castigo de alejar de su imaginación tales ideas, y lo conseguía pensando en la desoladora realidad. Además, desde que su padre la hubo comunicado sus proyectos de boda con el conde de Orbec, Colomba había prohibido expresamente á la señora Perrine que recibiese á Ascanio bajo ningún pretexto, amenazándola con decirselo todo á su padre si desobedecía; y como la dueña, por miedo de ser acusada de complicidad con Ascanio, había creído prudente ocultar los proyectos hostiles del joven, Colomba se juzgaba tranquila por este lado.

No se crea, sin embargo, que la amable muchacha estuviese resignada á obedecer á su padre en cali-

dad de víctima. No; todo su ser se rebelaba á la idea de su unión con aquel hombre á quien hubiera odiado si hubiese conocido ella este sentimiento. A su imaginación acudían mil pensamientos nuevos para ella; ideas de resistencia y de rebelión, que consideraba la pobre muchacha como crímenes de los cuales pedía en el acto perdón á Dios arrodillada. Entonces se le ocurría ir á echarse á las plantas de Francisco I, pero recordaba haber oído contar que en circunstancias mucho más terribles todavía había hecho lo mismo Diana de Poitiers, y que así había perdido la honra. Luego pensaba que la duquesa de

ñanas con el alba y todas las noches á rondar por las cercanías del palacio, á contemplar los altos muros que le separaban de Colomba. Pero ni una sola vez, ni furtiva ni ostensiblemente, había intentado penetrar en el recinto prohibido. Conservaba aún el respeto virginal de los primeros años que defiende á la mujer amada contra el mismo amor que más tarde puede ser para ella motivo de temores.

Nada de esto impedía á Ascanio entregarse, mientras cincelaba alhajas de oro, incrustaba perlas ó montaba diamantes, á los ensueños más insensatos, ensueños que también acariciaba en sus paseos



Comenzó á caer sobre el gigante una lluvia de piedras, sin que se viese á nadie...

Etampes podía protegerla y salvarla si quería; pero faltaba saber si querría, ó si por el contrario, acogería con una sonrisa burlona las quejas que formulara Colomba. Recordaba ésta haber visto tal sonrisa en los labios de su padre, cuando le suplicó que la conservara á su lado, y aquella sonrisa la había hecho mucho daño. No le quedaba más auxilio que el de Dios, á quien rezaba en su reclinatorio, implorando su socorro y pidiéndole fuerzas para conjurar el peligro antes de que transcurrieran los tres meses que faltaban para la boda. En los momentos de desesperanza pedía al Supremo Hacedor que la permitiera reunirse con su madre en la otra vida.

La existencia de Ascanio no era menos triste que la de su amada. Desde que Raimbault le comunicó la orden en virtud de la cual le estaba prohibida la entrada en el palacio de Nesle, iba todas las ma-

matinales y en el agitado dormir de por la noche. Estos ensueños se referían siempre al día, tan temido primero y tan deseado entonces, en que Cellini tomara posesión del palacio de Nesle, pues Ascanio conocía á su maestro y sabía que aquella tranquilidad que aparentaba era como la del volcán en cuyas entrañas se prepara una erupción. La erupción había sido anunciada por Benvenuto para el domingo siguiente, y Ascanio estaba persuadido de que no dejaría de realizarse en la fecha indicada.

A juzgar por lo que había podido ver en sus paseos por las inmediaciones del palacio de Nesle, el enamorado de Colomba comprendía que el proyecto de Benvenuto no podría realizarse sino con grandes dificultades. Ascanio había visto que el palacio estaba defendido y vigilado como una plaza fuerte que si era atacada, sería defendida, y como no pa-

recía dispuesta á capitular, tendría que ser tomada por asalto.

En este instante supremo del asalto era cuando los sentimientos caballerescos de Ascanio debían encontrar ocasión de manifestarse. Habría combate, habría tal vez incendio. ¡Oh, sí! ¡Sobre todo un incendio que pusiese en peligro la vida de Colomba! El se precipitaría entonces por las escaleras ruinosas, por entre las vigas ardientes, al través de las paredes en llamas. Oiría su voz pidiendo socorro; llegaría junto á ella; la cogería, moribunda, en sus brazos; la sacaría por entre los abismos del incendio, estrechándola contra su corazón, respirando su aliento; luego, salvando mil obstáculos, mil peligros, la entregaría á su padre desesperado, que en recompensa á tanto valor, se la daría á él, que la había salvado. En otro caso, al huir por algún puente vacilante, caerían ambos en la hoguera y perecerían juntos abrazados, confundiendo sus corazones en un suspiro supremo y dándose el primero y el último beso á un tiempo. Esta suposición no era la peor para quien como Ascanio no tenía esperanza alguna, puesto que después de la felicidad de vivir uno para otro, no hay para dos enamorados dicha mayor que la de morir juntos.

Transcurrió la semana sin novedad alguna, y Benvenuto Cellini, que había trabajado sin descanso y tenía casi concluido el modelo de la estatua de Júpiter, al oír dar las cinco de la tarde del sábado, se puso su cota de mallas, se abrochó por encima su jubón, llamó á Ascanio para que le acompañara y se encaminó al palacio de Nesle. Al llegar al pie de los muros comenzó un examen minucioso de la fortaleza, recorriéndola en toda su extensión, fijándose en los puntos débiles y preparando el plan de sitio.

El ataque debía ofrecer muchas dificultades, como había dicho el preboste á su amigo el vizconde de Marmagne, y había advertido Ascanio á su maestro. El palacio de Nesle tenía almenas y matacanes, murallas dobles por el lado del arenal, y además los fosos y las fortificaciones de la ciudad por la parte del *Pré-aux-Cleres*; era una de aquellas imponentes y sólidas mansiones feudales que podían defenderse solamente en virtud de su masa, con tal de que las puertas estuviesen bien cerradas, y rechazar sin auxilio del exterior los ataques de los bandidos de aquella época.

Terminado el reconocimiento según todas las reglas de la estrategia antigua y moderna, y pensando que era preciso intimar la rendición á la plaza antes de ponerle sitio, fué Benvenuto á llamar á la puerta por donde había entrado Ascanio una sola vez. Se abrió el ventanillo, y no fué el pacífico jardinero, sino un soldado con sobrevesta, quien apareció al otro lado.

—¿Qué queréis?—preguntó á Benvenuto.

—Tomar posesión del palacio cuya propiedad me ha sido concedida á mí, Benvenuto Cellini—contestó el orfebre.

—Está bien, esperad—repuso el soldado. Y cumplimiento de las órdenes que había recibido, fué á avisar al señor de Estourville.

Al cabo de un momento volvió acompañando al

preboste, que, sin dejarse ver y conteniendo el aliento, se puso á escuchar desde un rincón rodeado de parte de sus soldados.

El que había abierto el ventanillo volvió á hablar de nuevo con Benvenuto.

—No sabemos lo que queréis decir.

—Pues entregad este pergamino al preboste, y lo sabréis; es la copia certificada del acta de donación.

Benvenuto le dió el pergamino por el ventanillo, y el soldado desapareció por segunda vez; pero como no necesitaba más que alargar el brazo para entregar el documento al preboste, tardó poco en presentarse de nuevo.

—Aquí tenéis la respuesta—dijo entregando por el ventanillo el pergamino hecho pedazos.



—Aquí tenéis la respuesta.

—Está bien—repuso Cellini con la mayor tranquilidad—. Hasta la vista.

Satisfecho de la atención que había puesto Ascanio al examinar con él la plaza, y de las juiciosas observaciones que se le habían ocurrido acerca del golpe de mano que iban á intentar, regresó Cellini al taller, asegurando á su discípulo que hubiera podido ser un gran capitán, si no estuviese llamado á ser un artista eminente, cosa que, á juicio de Benvenuto, valía mucho más.

El siguiente día amaneció con un sol espléndido; Benvenuto había recomendado la noche antes á sus obreros que fueran al taller á pesar de ser domingo, y no faltó uno siquiera. Cuando estuvieron reunidos les dijo así:

—Hijos míos, estáis conmigo para trabajar en orfebrería y no para batiros. Pero desde hace dos meses que estamos juntos nos conocemos lo bastante para que yo esté persuadido de que en cualquier caso de apuro puedo contar con vosotros, como vosotros podéis contar conmigo. Ya sabéis de lo que se trata; aquí no estamos á gusto: nos falta aire para respirar y espacio para movernos. Habéis sido testigos de

que el rey ha querido darnos un local más amplio y más cómodo, pero, como le falta tiempo para ocuparse en los detalles pequeños, me ha dejado el cuidado de instalarme. La casa que el rey me ha concedido, no me la quiere dejar el que la ocupa, y hay que tomarla por fuerza. El preboste de París, que es quien se resiste á las órdenes de su majestad (parece que esto ocurre frecuentemente en este país), no sabe con quién tiene que habérselas; desde el momento en que él se niega, yo exijo; desde el momento en que él se me resiste, yo quiero obligarle. ¿Estáis dispuestos á prestarme ayuda? No os ocultó que habrá peligro en ello; tenemos que librar una batalla, tenemos que escalar una fortaleza, y dedicarnos á otros entretenimientos bastante complicados; nada hay que temer de la policía ni de las patrullas, puesto que estamos autorizados por su majestad, pero en la lucha puede morir alguien; os lo advierto para que aquellos de vosotros que no quieran exponerse á este riesgo, puedan marcharse tranquilamente ó quedarse en casa. Yo solo necesito hombres resueltos. Si me dejáis solo con Ascanio y con Pagolo me es lo mismo; no sé lo que haré, aunque afirmo que me saldré con la mía. Pero si me prestáis vuestra ayuda, como espero, ¡pobres del preboste y del prebostazgo! Ahora que sabéis de lo que se trata, responded. ¿Queréis seguirme?

Todos contestaron á una:

—¡Iremos donde nos llevéis!

—¡Bravo, hijos míos! Váis á ver cómo nos divertimos—exclamó Benvenuto, que se encontraba al fin en su elemento—. Hace mucho tiempo que me aburría, y ahora vamos á poder dar y recibir buenas estocadas. Es preciso que os arméis, que convengamos en un plan, que nos dispongamos á la lucha. Voy á daros cuantas armas ofensivas y defensivas poseo, además de las que hay en las panoplias del taller. Escoged cada uno lo que más os agrade. Necesitamos una buena culebrina, pero tenemos su equivalente en arcabuces, en picas, en espadas y en puñales, y además poseemos cotas de malla, cascos y corazas. ¡De prisa, de prisa; vistámonos para el baile, que el preboste pagará la música!

—¡Hurra!—gritaron todos á un tiempo, y comenzaron en el taller una agitación, un tumulto admirables. El entusiasmo del maestro animaba todos los rostros y todos los corazones. Probábanse los obreros cascos y corazas; esgrimían espadas y puñales; reían, cantaban como si se prepararan para una fiesta ó una mascarada; Benvenuto iba, venía, enseñaba á uno una estocada, abrochaba el cinturón de otro, y sentía correr por sus venas la sangre libre y caliente, como si hubiera recobrado su verdadera vida. Los obreros bromeaban entre sí, burlándose de sus fachas guerreras y de sus torpezas al requerir las armas.

—¡Maestro!—gritaba uno—. ¿No veis á Simón el Zurdo que se ciñe la espada al mismo lado que nosotros? ¡A la derecha, Simón, á la derecha!

—Ved á Juan—replicaba Simón—, que tiene su alabarda del mismo modo que tendrá el báculo cuando sea obispo.

—¡Y Pagolo—decía Juan—, que se pone doble cota de malla?

—¿Por qué no?—respondía Pagolo—; ahí tenéis á Hermann el alemán, que se está vistiendo como un caballero del tiempo de Barbarroja.

En efecto, el que acababa de ser designado con el apelativo de Hermann el alemán, epíteto que en realidad era un pleonismo, pues con el nombre sólo bastaba para indicar su nacionalidad, se había cubierto de pies á cabeza con una armadura de hierro, y parecía una de aquellas gigantescas estatuas que los escultores de entonces solían colocar echadas en los monumentos funerarios. Al verle Benvenuto, no obstante lo proverbial que era en el taller la fuerza de aquel valiente compañero del otro lado del Rhin, le hizo observar que se movería difícilmente dentro de aquella pesada armadura, que no podía por menos de privarle de parte de sus fuerzas. Hermann, por toda respuesta, saltó sobre una mesa con la misma ligereza que si hubiera estado vestido de terciopelo, y luego, cogiendo un enorme martillo, le volteó, y descargó con él, sobre un yunque, tres golpes tan terribles, que cada uno de ellos hundió en tierra una pulgada más el yunque. Nada se podía replicar á semejante demostración, y Benvenuto se limitó á hacer un ademán que quería decir que estaba satisfecho.

Solo Ascanio había hecho sus preparativos de combate en silencio y separado de los demás. Sentía alguna inquietud por las consecuencias de la aventura que iba á emprender, pues temía que Colomba no le perdonara que hubiese atacado á su padre, sobre todo si la lucha producía alguna grave catástrofe, y tal vez al encontrarse más cerca de sus ojos, iba á estar más lejos de su corazón.

En cuanto á Scozzone, mitad alegre, mitad intranquila, lloraba y reía alternativamente; los preparativos de pelea la agradaban, pero la probabilidad de que hubiese heridos la producía verdadero sentimiento; el diablillo se alegraba, la mujer estaba triste.

Vióla Benvenuto sonriente y llorosa á un tiempo, y se acercó á ella.

—Tú, Scozzone—la dijo—, vas á quedarte en casa con Ruperta preparando hilas para los heridos y una buena comida para los que libren con bien del combate.

—Yo iré con vosotros—contestó Scozzone—. No me falta valor para desafiar al preboste y á toda su gente, pero aquí sola con Ruperta me moriría de intranquilidad y de miedo.

—Nunca consentiré que nos acompañes; me preocuparía mucho la idea de que pudiera ocurrirte alguna desgracia. Lo mejor es que te quedes aquí, rezando por nosotros.

—Oídme, Benvenuto—replicó la muchacha como iluminada por una súbita inspiración—. Ya comprendéis que no me es posible permanecer tranquila en casa mientras vos os batís fuera y podéis ser herido ó estar moribundo. Pero hay un medio de conciliarlo todo, y es que, en vez de rezar en casa, lo haga en la iglesia más próxima al lugar del combate; así, sin exponerme á ningún peligro, podré tener inmediatamente noticias de vuestro triunfo ó de vuestra derrota.

—Accedo. Por lo demás, ya sabes que no había.

mos de ir á matar á nadie ó á dejar que nos mataran sin oír misa primeramente. La oiremos en la iglesia de los Agustinos, que es la más cercana al palacio de Nesle, y en ella te quedarás tú.

Convenido esto y terminados los preparativos, Cellini y sus compañeros bebieron unos tragos de vino, y en seguida, después de ampliar su arsenal de armas defensivas y ofensivas con algunos martillos, tenazas, escalas y cuerdas, emprendieron la marcha, no en grupo, sino dos á dos y á bastante distancia unos de otros para no llamar la atención.

Y no es que en aquellos tiempos, una intentona como la que preparaban fuese más rara que lo es en nuestros días un motín ó una crisis ministerial; pero hay que reconocer que nadie elegía el día del domingo ni la hora del medio día para acometer tales empresas, y que era necesaria toda la audacia de Benvenuto Cellini, sostenida por la legitimidad de su derecho, para atreverse á semejante tentativa.

Uno tras otro fueron llegando nuestros héroes á la iglesia de los Agustinos, y después de dejar sus armas en la habitación del sacristán, que era amigo de Simón el Zurdo, entraron para oír piadosamente el Santo Sacrificio, y pedir á Dios que les permitiera exterminar á sus enemigos.

No obstante la gravedad de la situación; no obstante su devoción sincera y la trascendencia de las oraciones que había de dirigir á Dios, Benvenuto, desde que entró en la iglesia, dió muestras de una extraña distracción. En la nave opuesta á la en que él se encontraba, una muchacha de rostro encantador leía en un libro de misa iluminado, y estaba tan bonita, que hubiera distraído la atención de un santo. Con mucho más motivo llamó la atención del escultor. En aquellos momentos el artista vencía al cristiano; tanto, que Cellini, que no podía contenerse sin hacer que otro participara de admiración, se volvió hacia Ascanio, que estaba á su derecha, para decirle que mirara aquella adorable cara de virgen. Pero los ojos de Ascanio no necesitaban tal recomendación, pues el joven, desde que había entrado en la iglesia, no los había separado ni un momento de la muchacha.

Viéndole absorto en la misma contemplación que él, Benvenuto se limitó á darle con el codo.

—Sí—dijo Ascanio—, sí, es Colomba. ¿Verdad que es muy hermosa?

Era Colomba, efectivamente. Su padre, que no temía una agresión en pleno día, la había permitido, aunque no sin poner algunos inconvenientes, que fuese á oír misa á los Agustinos. Cierta es que Colomba había insistido mucho; porque el único consuelo que la quedaba era el de la religión. Con ella iba la señora Perrine.

—¿Quién es Colomba?—preguntó Benvenuto con naturalidad.

—¡Es verdad! No me acordaba de que no la conocéis. Colomba es la hija del preboste, del propio Roberto de Estourville. ¿Verdad que es muy hermosa?

—No—repuso Benvenuto—, no es Colomba; es Hebe, la diosa de la juventud; la misma Hebe que el Rey Francisco I me ha encargado que modele; la

Hebe con que yo soñaba y que, por un milagro, sin duda, se presenta ante mí.

Sin percatarse de la extraña mezcla que constituiría una Hebe leyendo en un libro de misa y elevando su corazón á Jesús, Benvenuto continuó su himno á la belleza, pensando al mismo tiempo en sus rezos y en sus planes de batalla. El artista, el cristiano y el estratega se confundían en él.

—Padre nuestro que estás en los cielos... Mira, Ascanio, ¡qué figura más delicada!... Santificado sea el tu nombre; cúmplase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... ¡Qué admirable es la línea ondulante de su busto!... El pan nuestro de cada día danosle hoy... ¡Y dices que esa criatura tan encantadora es hija del bribón del preboste, á quien me propongo exterminar!... Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores... Aunque tenga que incendiar el palacio he de apoderarme de él... Amén.

Benvenuto se persignó sin sospechar que había rezado una oración muy extravagante, y así terminó la misa, con estas distintas preocupaciones que podían parecer demasiado profanas en un hombre de otro carácter y de otra época, pero que eran naturales en una organización tan espontánea como la de Cellini, y en una época en que Clemente Marot ponía en versos galantes los siete salmos de la Penitencia.

Cuando el sacerdote pronunció el *Ite misa est*, Benvenuto y Catalina se estrecharon las manos. Luego, en tanto que la joven permanecía en aquel sitio, donde debía esperar noticias del resultado del combate, y se enjugaba una lágrima, Cellini y Ascanio, fijas las miradas en Colomba, que no había levantado los ojos de su libro de misa, fueron á tomar agua bendita, como sus compañeros, de los cuales se separaron, conviniendo en reunirse poco después en un callejón situado á mitad de camino, entre la iglesia y el palacio de Nesle.

Catalina, con arreglo á lo convenido, se quedó á la misa mayor, y lo mismo hicieron Colomba y la señora Perrine, que habiendo llegado con alguna anticipación, oyeron la misa rezada como preparatorio de la solemne misa mayor. Ni Colomba ni su dueña podían sospechar que Benvenuto y sus acompañantes estuviesen á punto de impedirles toda comunicación con el palacio de donde tan imprudentemente acababan de salir.

IX

LA LUCHA

Había llegado el momento decisivo. Benvenuto repartió sus diez hombres en dos grupos, uno de los cuales debía tratar por todos los medios posibles de forzar la puerta del palacio, mientras el otro le protegía y ahuyentaba á tiros ó á estocadas á los sitiados que asomaran en las almenas ó que intentaran una salida. Benvenuto tomó el mando de este último grupo, escogiendo para lugarteniente á nuestro amigo Ascanio; encargó del mando del otro grupo á nuestro antiguo conocido Hermann, el forzudo y valeroso alemán que aplastaba una barra de hierro de un martillazo y á un hombre de un puñetazo, y nom-

bró segundo de Hermann á Juan, muchachito de quince años, listo como una ardilla, astuto como un mono y atrevido como un paje, hacia el cual sentía el alemán sincero afecto, tal vez por la misma razón de que Juan no cesaba de molestarle nunca, aunque lo hacía bromeando. Juan, pues, se colocó en actitud guerrera al lado de su capitán, con gran despecho de Pagolo.

Organizadas así las fuerzas, y después de pasar una revista minuciosa á las armas y á los combatientes, Benvenuto dirigió una breve alocución á aquellos valientes que por servirle se exponían á serios peligros y tal vez á la muerte; estrechó luego la mano á todos, se persignó y dijo: «Adelante.» Los dos grupos se pusieron en movimiento, y siguiendo por el muelle de los Agustinos, llegaron poco después al palacio de Nesle.

Benvenuto no quería comenzar el ataque sin haber llenado todas las formalidades de cortesía usadas en semejantes casos. Así, pues, se adelantó solo, llevando su blanco pañuelo atado á la punta de su espada; llegó á la puertecita del palacio en donde había llamado el día anterior, y golpeó de nuevo con el aldabón. Como la víspera, le preguntaron al través del enrejado ventanillo lo que deseaba; repitió las mismas frases que la vez primera, afirmando que iba á tomar posesión del palacio que le había sido cedido por el rey, y esperó inútilmente que le contestaran. No obtuvo respuesta alguna.

Entonces, con voz alta y firme, y siempre haciendo frente á la puerta, dijo:

—Roberto de Estourville, señor de Villebon, preboste de París; yo, Benvenuto Cellini, escultor, orfebre, mecánico é ingeniero, te hago saber que Su Majestad el Rey Francisco I me ha cedido libremente, y en uso de su perfecto derecho el palacio de Nesle. Ahora bien, como tú detentas insolentemente esta propiedad, y no obstante la orden real te niegas á entregármela, te declaro, Roberto de Estourville, señor de Villebon, preboste de París, que vengo á tomarla por la fuerza. Defiéndete, y suceda lo que suceda, tú sólo has de ser el responsable así en la tierra como en el cielo, ante los hombres y ante Dios.

Aún esperó Benvenuto unos instantes, y como persistiera el silencio, Benvenuto cargó su arcabuz, ordenó á sus hombres que aperebieran sus armas y reunió en consejo á los jefes, que eran, como sabemos, él, Hermann, Ascanio y Juan.

—Hijos míos—les dijo—, ya lo veís; no hay medio de evitar la lucha. ¿Cómo creéis que debemos emprenderla?

—Yo echaré abajo la puerta y entraréis todos detrás de mí—dijo el alemán.

—¿Y cómo vas á echarla abajo, Sansón?—preguntó Benvenuto.

Hermann miró á su alrededor, y viendo sobre el muelle una viga que apenas hubieran podido levantar cuatro hombres con todas sus fuerzas, dijo:

—Con ese madero.

Cogió la viga, se la puso bajo el brazo y volvió hacia Benvenuto.

La multitud empezaba á reunirse, y Benvenuto iba á dar la orden de emprender el ataque, cuando el capitán de los arqueros del rey, avisado sin duda

por algún temeroso paisano, se presentó en la esquina de la calle acompañado de cinco ó seis jinetes. Este capitán era muy amigo del preboste, y aunque sabía perfectamente de qué se trataba, se acercó á Benvenuto creyendo que le intimidaría, en tanto que los jinetes impedían el paso á Hermann.

—¿Qué váis á hacer y por qué perturbáis la tranquilidad de la capital?—dijo.

—Quien perturba la tranquilidad de la población—dijo Cellini—es el que se niega á obedecer las órdenes del rey, y no el que las cumple.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero decir que aquí tenéis una orden de Su Majestad, librada en debida forma por el señor de Neufville, secretario de Hacienda, en la cual el rey me hace donación del palacio de Nesle. Pero los que en él habitan se niegan á reconocer la autenticidad de esta orden, y por consiguiente, á entregarme lo que me pertenece. Hagan lo que hagan, se me ha puesto entre ceja y ceja que puesto que hay que dar á César lo que es del César, Benvenuto Cellini tiene derecho á tomar lo que es de Benvenuto Cellini.

—En vez de impedirnos que conquistemos el palacio—dijo Pagolo—debíais ayudarnos.

—¡Cállate, necio!—exclamó Benvenuto—. No necesito que nadie me ayude.

—Tenéis razón en derecho—dijo el capitán—, pero no de hecho.

—Explicáos mejor—repuso Benvenuto, que comenzaba á encolerizarse.

—Tenéis razón al pretender apoderaros de lo que es vuestro; pero no la tenéis al pretenderlo de este modo; porque os prevengo que no sacaréis nada en limpio batiéndoos contra las murallas. El mejor consejo que puedo daros es que llevéis este asunto á la resolución de la justicia, demandando al preboste de París. Y ahora, adiós y buena suerte.

El capitán de los arqueros del rey se fué riéndose, y la multitud, al verle de tan buen humor, se rió también.

—Se reirá bien el último que se ría—dijo Benvenuto—. ¡Adelante, Hermann, adelante!

El alemán volvió á coger la viga, en tanto que Cellini, Ascanio y dos ó tres de los más hábiles tiradores de aquella tropa, arcabuz en mano, estaban dispuestos á hacer fuego sobre la muralla. Hermann se adelantó como una catapulta viviente hacia la puerta pequeña, pues la habían creído más fácil de derribar que la grande. Pero apenas estuvo al pie de la muralla, comenzó á caer una verdadera lluvia de piedras, sin que se viese á los que las arrojaban, pues el preboste había mandado amontonar aquellas piedras en lo alto de los muros, y sólo se necesitaba empujarlas para que cayesen y aplastasen á los sitiadores.

Estos, al ver la granizada con que se les recibía, retrocedieron, sin que hubiese más herido que Pagolo, el cual, imposibilitado por su doble coraza para andar deprisa, fué alcanzado en un talón. Hermann no se preocupó de aquella avalancha de pedruscos del mismo modo que una encina no se preocupa del granizo, y continuó andando hacia la puerta, donde comenzó á dar con la viga tales golpes, que era evidente que, por fuerte que fuese, no podría resistir mucho tiempo.

29946